

## Editorial

El nombre de este número de *Communio* fue objeto de un rico intercambio en el Consejo de nuestra redacción argentina. La cuestión era cómo debía traducirse el término alemán *Angst*. Finalmente optamos por *angustia*, aunque conscientes de que en castellano la palabra tiene una resonancia predominantemente psicológica y existencial. La elección fue difícil precisamente porque no queríamos soslayar la dimensión sensible, que solemos denominar miedo. Pero el término *angustia* se impuso porque remite fácilmente a lo angosto, a la estrechez que nos hace sentir incómodos. La *angustia* está íntimamente relacionada con la ansiedad de quien se siente apretado, oprimido, como sofocado, lo cual puede interpretarse tanto en sentido literal como metafórico. Y además la *angustia* está próxima a la ansiedad, que delata una falta de paz interior propia de nuestra condición caída. No en vano los Padres de la Iglesia sostienen que el pecado original fue un pecado de impaciencia. De este modo tocamos la raíz del problema: la *angustia* es algo muy hondo que deriva, en última instancia, de nuestra relación con Dios. Esto mismo nos enseña el conocido relato de Génesis 3: una vez que Adán y Eva comieron el fruto del árbol prohibido tuvieron miedo y se escondieron.

La *angustia* siempre es un tema actual. Para empezar, porque a todos nos acosa el desgarrar de la muerte, que significa el fin de nuestra vida aquí en la tierra, con todo lo que eso conlleva. Pero, además, en estos tiempos de marcada ausencia de Dios, la *angustia* crece por la falta de un horizonte trascendente. Y así la carencia espiritual llega al terreno psicológico. ¡Cuánta *angustia* existe en nuestra sociedad! ¡Cuántos ataques de pánico! ¡Cuánta dependencia de fármacos para no hundirnos en la depresión! Lamentablemente, crecen entre nosotros las tendencias suicidas de jóvenes. La fragilidad emocional es tan marcada que ya se habla de una “generación de cristal”, a la que difícilmente se la pueda corregir sin generar a su vez un quiebre.

La política es otra fuente de *angustia*. En el plano internacional están las guerras, que ponen de manifiesto, una y otra vez, nuestra incapacidad para resolver civilizadamente las diferencias. Lo terrible es que cada enfrentamiento armado no sólo genera *angustia*, sino que además la siembra para el futuro,

dejando traumas físicos y emocionales, entre los cuales se cuenta la sed de venganza. Y de ese modo se retroalimenta la espiral de violencia. En el plano local está la persistente degradación de un país bendecido en recursos naturales, que no logra hacer pie. Muchísimos padres ven partir a sus hijos a otras tierras, en busca de un futuro mejor. La angustia se percibe en esas familias partidas, así como en las que se quedan padeciendo la corrupción sistémica, la inflación galopante, la inseguridad interminable y la educación cada vez más lamentable. Quizás lo peor sea la sensación de vivir en una sociedad resignada, más aún, moralmente anestesiada. ¿Qué responsabilidad le cabe a la Iglesia, particularmente a sus pastores, en esta debacle que no es sólo técnica sino ante todo espiritual? La corrupción no sólo engendra pobreza, sino también una lógica clientelar que acaba comprando lo máspreciado de una persona: su dignidad. Es realmente angustiante contemplar a esta nación perdida en su borgeano laberinto, el que ella misma se creó.

La mera descripción de estos fenómenos nos lastima. Sin embargo, en la fe sabemos que no estamos solos. Cristo asumió nuestra angustia para redimirla. Pensamos especialmente en Getsemaní, donde se hizo patente cómo sufrió con nosotros y por nosotros. Sufrió, ciertamente, el miedo a la muerte, pero más aún la angustia de tener que transitar la noche de la ausencia de Dios, pues eso mismo era el cáliz que hubiera preferido no beber. La Buena Noticia es que lo bebió por amor, en la confianza filial que transforma la angustia en paz. Una paz que no ahorra la pasión, la muerte y el sepulcro, pero que triunfa sobre ellos. Cristo es el Camino. La angustia forma parte de nuestra condición caída, pero tenemos la gracia de poder vivirla en Él, abiertos a la esperanza que no defrauda.

En el primer artículo, Ludger Schwienhorst-Schönberger aborda la dialéctica bíblica, que manda temer a Dios y a la vez manda lo contrario. Luego Hans-Joachim Höhn reflexiona sobre nuestra sociedad angustiada, y cómo en ella ha llegado a ser norma lo que en principio debiera ser una excepción.

Ya en otro registro, Gastón Lorenzo nos adentra en la paradoja de Santa Teresa de Calcuta, que durante años vivió en silencio el misterio de la gozosa angustia de Jesús. Y Luis Baliña nos ofrece una meditación valiente, íntima, biográfica, que nos interpela acerca de cómo estamos enfrentando la angustia.

En la sección Perspectivas hemos incluido tres contribuciones: Rodney Howsare aborda la voluntad salvífica universal de Dios desde la soteriología de Hans Urs von Balthasar, en cuyo centro está la creación en Cristo; Michaela Hastetter muestra cómo la ecclesiología de Romano Guardini —a cien años de su libro *El sentido de la Iglesia*— puede resultar una brújula para las tensiones que atraviesa Alemania; y Andrés Di Ció esboza una breve teología de la eucaristía.